

tector obtuvo del Papa Honorio una bula solemne de confirmacion con fecha 11 de junio de 1219, la primera que ha sido concedida al instituto de San Francisco.

El mismo favor habia recibido el de Santo Domingo á principios del pontificado de Honorio. Eran estas dos órdenes cuados diques incontrastables, levantados en la Iglesia contra la avenida de la relajacion y de la corrupcion. El Señor, para animar la virtud de los maestros y de los discípulos, comunicó á los dos fundadores luces del todo celestiales sobre la alteza de su destino. Dicesa que habiéndose encontrado en una iglesia de Roma, se conocieron sin nunca haberse visto. Propuso Domingo á Francisco reunir sus congregaciones y hacer una sola de las dos; pero Francisco respondió (1): «Hermano mio, la voluntad de Dios es que queden separadas, á fin de que esta diversidad suministre mas recursos á la flaqueza humana; y aquel á quien no convenga el rigor de la una, no deje de hallar en la otra el camino de la salvacion:» mas no por eso fué menos perfecta la union entre los dos fundadores y sus discípulos.

Al principio los frailes predicadores no eran mendicantes ni exentos del ordinario, sino canónigos reglares. La primera bula que aprobó su instituto, le califica espresamente de orden de canónigos bajo la regla de San Agustin, lo cual no era contrario al decreto de Letran, que solo prohibia el establecimiento de nuevas órdenes religiosas. Santo Domingo, disponiéndose á llevar la luz del Evangelio á los sarracenos, hizo tambien elegir, con el nombre de abad, un superior general llamado Mateo; pero este fué el único que tuvo aquel título. El general de la orden tuvo despues el nombre de maestro, y los superiores locales el de priores.

(1) Opusc. tom. 2. Collat. 10.

Los frailes Predicadores se esparcieron como los Menores por todos los países cristianos. Domingo envió cuatro de sus frailes á España, á donde partió él despues y fundó dos monasterios, uno en Madrid, que casi inmediatamente fué entregado á las religiosas, y otro en Segovia, que fué la primera casa de la orden al lado acá de los Pirineos. Otros siete frailes fueron á Paris, donde adquirieron (1217) una casa en la calle de Santiago (Jacob), que les hizo dar en toda la Francia el nombre de jacobinos. Siguió el brillante establecimiento de Bolonia en Italia, cuyo obispo, á ruegos del cardenal Hugolino, les dió la iglesia de San Nicolás de las Viñas, y muchos distinguidos personajes se apresuraron á ilustrar esta naciente orden consagrándose ellos mismos al Señor. En Roma, el Papa Honorio les concedió la iglesia de San Sisto. Encargó casi al propio tiempo á Santo Domingo reformar y para ello reunir en este lugar á todas las religiosas diseminadas en diversos cuarteles de Roma, y los frailes predicadores fueron trasladados al convento de Santa Sabina, donde aun residen. Grandes dificultades experimentó esta reforma, aunque continuada por tres cardenales que el Santo pidió humildemente por apoyo: empero lo que la autoridad de la púrpura no pudo conseguir, Domingo lo consumó con felicidad por la perseverancia de su virtud y por el esplendor de muchos milagros que atestiguaron una multitud de personas que los presenciaron. Entre otros prodigios, resucitó tres muertos en solo esta ocasion.

Ivon, cancelario de Polonia, electo obispo de Cracovia, que fué á Roma para hacer confirmar su eleccion, es uno de los testigos de estas maravillas (1). Tan admirado quedó, en particular, de la resurreccion de

(1) Tour. lib. 2, cap. 3 et 6.

Napoleon, sobrino del cardenal Esteban, que concibió un afecto sin límites á Santo Domingo y á sus religiosos. Poco satisfecho con atraerlos á su patria y de interesar á todo el mundo en favor suyo, les dió por cooperadores y hermanos á sus propios sobrinos, Jacinto, canónigo de Cracovia, y Gesiao, canónigo de Sandomir; ambos eran mas ilustres aún por su virtud que por su nacimiento; ambos poderosos en obras y en palabras, restauradores de la piedad entre los fieles del Norte, propagadores del Evangelio hasta los mas salvajes confines del mundo, y ambos por fin honrados por la Iglesia con pública veneracion.

El buen olor de sus virtudes y la veneracion de los pueblos, en vida de estos dos Santos, fué causa de que se instituyesen casas de su orden en todas las regiones septentrionales. No eran menos rápidos los progresos que este instituto hacia en las otras naciones. En el segundo capitulo general de los frailes Predicadores, que abrazaron el método de estos capitulos lo mismo que los demas religiosos establecidos despues de los monges del Cister, eligieron ocho superiores provinciales para que los gobernassen en otras tantas provincias, á saber: la España, la Francia, la Provenza, la Lombardia, la Romania, la Alemania, la Hungria y la Inglaterra. Quiso Domingo renunciar la dignidad de general para ocuparse solo en su salvacion y prepararse á la muerte, y eso que no contaba entonces mas que cincuenta y un años; pero no consintieron en ello, y solo dispusieron que durante la celebracion de los capitulos se estableciesen definidores que tuviesen toda la autoridad aún sobre el mismo general.

En esto, habiendo ido á ver á algunos piadosos amigos que tenia entre los eclesiásticos de Bolonia, despues de haberles hablado del desprecio del mundo y de las cosas terrenas, les dijo al despedirse de ellos

cerca de Pentecostés, que en 1221 cayó en 30 de mayo: «Vosotros me veis bueno y sano; pero no obstante, iré á gozar del Señor antes de la Asuncion de nuestra Señora (1).» No por eso dejó de trasladarse á Lombardia para tratar de los negocios de su orden con el cardenal Hugolino, legado en aquella provincia. A fines del mes de julio volvió á Bolonia fatigado en estremo del viage y rendido del calor que era escesivo. Entonces fué acometido de una fiebre acompañada de disenteria; y no dudando que su fin estaba próximo, hizo venir los novicios, á quienes encargó el espíritu de piedad y el amor á la observancia. Exhortó á todos los demas frailes á evitar con cuidado el trato con las mugeres, á edificar al prógimo y á honrar su estado por la integridad de su reputacion y el buen olor de sus virtudes. «Con la castidad, añadió, y la pobreza, que es el cimiento de nuestro instituto, sereis agradables á Dios y provechosos á la Iglesia.» Despues reuniendo todas sus fuerzas prohibió con voz muy animada, bajo la pena de maldicion divina y de la suya, introducir en la orden el uso de las propiedades temporales, y al punto espiró dulcemente, tendido sobre la ceniza, un viernes 6 del mes de agosto (1221). Hallaronle despues de muerto una cadena de hierro en torno de su cintura. Fué enterrado en Bolonia: el Señor obró muchos milagros en su sepulcro, y se multiplicaron sus retratos como de uno de los mas esclarecidos siervos del Señor. Era mediano de talla, pero bien formado; las facciones del rostro eran regulares, tez encarnada y animada cual un querubín; barba y ojos de un rubio vivo, y aspecto interesante y noble que le atraía la aficion y el respeto general. Dulce era su voz, pero sonora y penetrante como una

(1) Four. lib. 4, cap. 12; Jord. cap. 82.

trompeta, especialmente cuando tronaba contra el vicio.

Habia proyectado este hombre apostólico ir á predicar el Evangelio á Oriente; mas impidiéronse los negocios de su orden y la situacion de los occidentales en aquella region. Casi no les quedaba ya en Palestina mas que las dos ciudades de Tyro y Ptolemaida, donde estaban como encerrados y en un continuo temor de mayores escesos por parte de los sarracenos. Tenian por gefe á Juan de Briena, conde de la Marca y rey titular de Jerusalem, como lo habia sido Amalarico de Lusitania, en cuyo título sucedió y cuya descendencia quedó en posesion del reino de Chipre. Juan de Briena, designado por el rey Felipe Augusto á los diputados de Palestina para suceder á Lusitania, habia llevado de Francia en su compañía trescientos caballeros y algunas otras tropas de cruzados, con lo que comenzaron á respirar sus nuevos súbditos. La cruzada publicada en el concilio de Letran, y que agitó de nuevo todas las naciones de Europa, puso bien pronto á este principe en estado de emprender mas importantes hazañas.

Muy distante estaba aun de amortiguarse aquel celo belicoso y tan largo tiempo desgraciado. Pocos años antes se habia visto esta especie de fermentacion exaltar los ánimos aun de aquellas personas menos aptas para la guerra. Reunióse una multitud de niños de las ciudades y aldeas así de Francia como de Alemania, y cruzándose todos marcharon con presteza para Tierra Santa. Consternados los padres detuvieron á muchos, pero hallaron medio de escapar y continuar su ruta. A imitacion suya cruzáronse para ir con ellos gran número de jóvenes de ambos sexos. Tambien hubo algunos ladrones y malvados que se mezclaron con estas sencillas tropas y les robaron quanto se les habia dado. Perdiéronse

muchos de estos niños en los desiertos y montañas, donde perecieron de fatiga y de indigencia: algunos llegaron á la otra parte de los Alpes, donde los lombardos acabaron de despojarlos, y los restos miserables de esta tropa confusa y dispersa volvieron como pudieron á la casa paterna (1).

Entre las tropas reglamentadas, marcharon de los primeros Andrés, rey de Hungría, y Leopoldo, duque de Austria, con muchos señores y una multitud considerable de combatientes (2). Embarcáronse en el Mosa poco tiempo despues, Guillermo, conde de Holanda y muchos cruzados alemanes y pasaron á Lisboa en Portugal, que era el punto señalado de reunion á otras naves que debian seguirlos. Acababan los moros de quitar á los caballeros de la espada ó de Santiago el castillo de Alcazar y le habian sujetado á una contribucion anual de cien esclavos cristianos á beneficio del rey de Marruecos. Aquellos caballeros con los del Temple y del Hospital y el resto de la nobleza del reino, pintaron vivamente á los peregrinos la indignidad de esta servidumbre, y los no interrumpidos sobresaltos en que los tenia la proximidad de los infieles, de los cuales pidieron con las mayores instancias que los libertasen.

Como la estacion se hallaba ya adelantada y el arribo de la flota á Palestina no podia entonces ser muy útil, en atencion sobre todo á que el rey de los romanos y otros muchos principes de Alemania, empeñados en seguirlos, no se habian puesto en movimiento, cedieron los cruzados á sus instancias, exceptuando las tropas de Frisia que prosiguieron su ruta con ochenta naves. Inmediatamente formaron el sitio de Alcazar y le estrecharon vivamente. En vano los reyes moros de Sevilla, de Córdoba, de Jaen

(1) Alb. Stad. et Godef. an. 1216.

(2) Chron. Godofr. an. 1217.

y de Badajoz volaron al socorro de la plaza con un ejército mucho mas numeroso que el de los cristianos. Perdieron los infieles la batalla; los reyes de Jaen y de Córdoba con catorce mil de sus mejores soldados, fueron acuchillados y la multitud de cautivos fué innumerable. Alcazar se rindió á discrecion (1217). Este suceso es atribuido por los autores de aquel tiempo (1) á una proteccion milagrosa del cielo, que combatió tan á las claras por los fieles, que los sarracenos prisioneros les preguntaban dónde estaban aquellos guerreros resplandecientes que los habian forzado á ponerse en fuga. Pero la maravilla mas feliz é incontestable fué la sincera conversion del señor mahometano de Alcazar, que recibió el bautismo con otros cien musulmanes. Los frutos de esta expedicion inclinaron al Papa á permitir se emplease en socorro de los cristianos de España una parte del impuesto designado para el socorro de Jerusalem, y á conmutar el voto de ir á Tierra Santa en la obligacion de marchar contra los moros (a).

Sin estas quedaban todavia suficientes fuerzas para restablecer las cosas de Oriente. Con el rey de Hungría y los duques de Moravia y de Austria, llegaron á San Juan de Acre ó Ptolemaida una inmensa multitud de cruzados, caballeros y hombres de armas, tanto de Alemania como de otras regiones del Norte. Coradino, hijo de Safadi-

(1) Rain. lib. 11, ep. 97.

(a) Segun el P. Mariana, quien influyó grandemente para que los cruzados tomasen parte en la empresa del sitio y toma de Alcazar de la Sal ó Alcazardorsal, fué Mateo, obispo de Lisboa. Ocupaba entonces el trono de Portugal Alfonso II, llamado el Gordo, hijo de Sancho I, á quien habia sucedido en 1211. A mas de la de Alcazar, ganó otras muchas victorias á los moros; y á escepcion del odio que profesó á sus propios hermanos de que se originaron algunos disturbios, dice un historiador, tuvo un reinado glorioso y feliz, pues se coronó de laureles en su juventud, dió nuevas leyes, hizo reinar la justicia y procuró la reforma del clero. (N. del E.)

no, sultan de Babilonia, con su hermano Meledino que mandaba ya en Egipto, habia amenazado á la ciudad de Acre y se adelantaba ya por la frontera hácia el pais del Jordan; pero los cristianos no solo le obligaron á retirarse, sino que hicieron gran botin y muchos cautivos, de los que Jacobo de Vitri, obispo de Acre, libró á cuantos niños pudo para bautizarlos y hacerlos criar por mugeres piadosas.

Con todo, el rey Andrés de Hungría tan ardiente al principio por la defensa de los Santos Lugares; y Hugo, rey de Chipre, hijo de Amalarico de Lusitania, se separaron de los otros cruzados. Escitábanles estos á que no los abandonasen; pero Andrés, habiendo pasado tres meses en Palestina, tuvo por cumplido su voto y se creyó libre para volverse á sus Estados. En quanto al rey de Chipre, murió el año siguiente (1219) en la flor de su edad, dejando por sucesor á su hijo Enrique de solos nueve meses. El ejército cristiano habia intentado, pero sin éxito, apoderarse de la fortaleza del Tabor que los sarracenos habian edificado algunos años antes encima del monte de este nombre, tan cercano á Acre que tenian á esta plaza en una continua inquietud. Para suplir el defecto de esta conquista, el rey de Jerusalem y el duque de Austria, juntamente con los obispos de Munster y de Utrecht, restablecieron el castillo de Cesarea. Por otra parte, los templarios y los caballeros teutónicos edificaron sobre un promontorio poco distante una fortaleza á la que dieron despues el nombre de Castillo de los peregrinos.

Habiendo por último llegado á Oriente los cruzados de la Bélgica y de Alemania, que acababan de distinguirse en Portugal, el rey de Jerusalem y el duque de Austria se resolvieron á llevar el fuego de la guerra á Egipto y á poner sitio á Damietta. Con la noticia que de ello recibió el Papa, escribió

á Venecia, á Génova y á los demas puertos de Italia á donde llegaban diariamente nuevas tropas de cruzados franceses, alemanes y de todas las naciones, á fin de que partiesen en derecha á Damietta para la conquista de Egipto, que todo el mundo daba por segura. La muerte del sultan Safadino, hermano y digno émulo del gran Saladino, acontecida al cabo de cuatro meses de haberse puesto el sitio, en setiembre de 1218, aumentó considerablemente las esperanzas del ejército cristiano. Mas entre los quince hijos que dejó, Meledino el mayor, sultan de Egipto, y Coradino, sultan de Damasco, tenían todas las cualidades propias para sostener la gloria de su padre. Varios combates tuvieron en que los cristianos no consiguieron ventaja alguna. No obstante, á fuerza de constancia y recibiendo continuamente nuevos refuerzos se hicieron dueños de la plaza al cabo de cerca de diez y ocho meses de sitio en 9 de noviembre de 1219 (1). Entre la muchedumbre de cautivos señaló su caridad el obispo de Acre, como ya lo había hecho otra vez, con los niños, de los cuales mas de quinientos murieron poco despues de haber recibido el bautismo. El señorío de Damietta y sus dependencias fué adjudicado al rey de Jerusalem para acrescentamiento de su reino; mas no sin contradicción.

Parécia que los cruzados no podian lograr una sola ventaja sin que al momento renaciese entre ellos la desunion con todos sus riesgos (2). Indispúsose el legado de la cruzada, Pelagio, cardenal obispo de Albano, con el rey Juan de Briena, disputándole el señorío de Damietta, y queriendo manejar de un modo absoluto todos los negocios. Descontento el rey, abandonó el ejército, seguido de casi todas sus tropas. Las de

(1) Jac. Vitr. lib. 3 ep. 417.

(2) T. 8 Spiett. pag. 273.

Chipre, los templarios y la mayor parte de los caballeros franceses, hicieron lo mismo. Asi es que los vencedores de Damietta, encerrados, digámoslo asi, en su conquista, y reducidos en breve á la indigencia y á los mayores trabajos, imploraron nuevamente el socorro del Occidente y pidieron al Papa que le acelerase.

Hacia ya mucho tiempo que el Papa Honorio instaba á Federico rey de Sicilia, y electo ya rey de romanos, para que pasase al Oriente, segun muchas veces le había prometido. Entre las causas de dilacion que multiplicaba de continuo, alegó por esta vez que queria afirmarse la corona imperial antes de una ausencia tan arriesgada. Otton su competidor había muerto en el año 1218, en un abandono general, pero que le fué muy saludable y le dió lugar de concebir un arrepentimiento sincero de sus culpas. Mientras la larga enfermedad que precedió á su muerte, se hizo dar todos los dias la disciplina; y antes de espirar, quiso que los mas infimos de sus criados le pusiesen sus pies sobre el cuello. Federico, libre de las inquietudes que por esta parte le molestaban, dejó la Alemania, y vino á Roma donde fué coronado por el Papa en la iglesia de San Pedro, el domingo 22 de noviembre de 1220. Luego recibió la cruz de mano del cardenal Hugolino, y reiteró públicamente el voto que había hecho de ir á la Tierra Santa. El duque de Baviera, otra multitud de principes y señores tanto de la Pulla como de Alemania en número de mas de cuatrocientos, con una infinidad de caballeros y gentes de á pie se cruzaron juntamente con el emperador, el que prometió que enviaria al Oriente un formidable ejército pasada la próxima primavera, y que partiria allá personalmente despues del mes de agosto siguiente. La falta de cumplimiento á esta promesa le acarreó mil disgustos y ocasionó horribles escándalos.

Entretanto Honorio trabajaba por todas partes para aumentar los socorros que debian pasar á Damietta. Escribió al arzobispo de Rouen y á sus sufragáneos, que enviasen predicadores por toda la Normandia para mover á los fieles á cruzarse (1). A pesar de la muchedumbre de alemanes que ya lo estaban, encargó á su legado Conrado de Reisenberg, electo poco antes obispo de Hildesheim, que no olvidase con su nueva dignidad la predicacion de la cruzada. Delegó en Italia para el propio efecto al cardenal Hugolino, como el mas capaz por su ingenio y vida ejemplar para desempeñar fructuosamente este oficio.

Ardia al mismo tiempo otra guerra de religion contra los prusianos, los livonios y otros paganos del Norte. Alberto, arzobispo de Riga, había instituido para defensa de los nuevos cristianos de estas regiones la orden militar de Cristo, á quien dieron tambien el nombre de orden de la Espada, porque traian sobre el manto una espada con una cruz. No se escapó cosa alguna á la vigilancia y solicitud del Papa Honorio. Exhortó á los sajones á tomar las armas contra los paganos de Livonia, y les concedió para esta guerra la indulgencia de la Tierra Santa. En cuanto á los de Prusia encargó al obispo de Breslau que examinase qué era mas conveniente, ó que el duque de Polonia ejecutase el designio que tenia de marchar al Oriente, ó que permaneciese en el pais para combatir á los idólatras. Apenas supo, poco despues, que los cristianos de estas regiones habían conseguido una insigne victoria, los exhortó á no mostrarse crueles y altivos con los vencidos, y á manifestarles una caridad que les facilitase el camino de la fé. Sirvióse el Señor de todos estos medios para la reduccion de la Livonia al yugo del cristianismo, y pronto se

(1) Ep. Honor. ap. Rain.

contaron en esta provincia multitud de iglesias, de obispos y de metropolitanos (1224).

En Oriente no se hallaba la Grecia en un pie mucho mas ventajoso que el reino de Jerusalem. Roberto, hijo del emperador Pedro de Courtenai, había sucedido á su padre el año 1219 por renuncia de su hermano mayor Felipe, que prefirió su condado de Namur al imperio de Constantinopla. La indolencia del voluptuoso emperador dió margen al establecimiento de dos nuevos imperios, además del de Nicea; esto es, el de Trebisonda por David Comneno, y el de Tesalónica por Teodoro Angelo Comneno, que no debe confundirse con Teodoro Láscaris, fundador del imperio de Nicea. Con esto Roberto se dejó estrechar de suerte, que apenas reinaba mas que en el territorio de Constantinopla. Ratificó un tratado concluido poco antes con el clero de Romanía, por el que se advierte que en la iglesia griega no se usaba la percepcion de diezmos. Por esta razon se obliga á solos los latinos á pagar el diezmo entero, y á los griegos la treintena solamente durante diez años, con intento de acostumbrarlos insensiblemente á pagar la décima. Teodoro Láscaris se sostuvo no solo contra los latinos, sino que tambien se opuso á las empresas de los turcos y con tal felicidad, que le mereció la reputacion del militar mas hábil y el político mejor de su tiempo. De tal modo consolidó su poder, que no se alteró por su muerte, y pasó en el mismo estado á Juan Vatacio su yerno, que le sucedió en el año 1222.

El rey Felipe, á quien el monge Rigord, historiador contemporáneo, llama Augusto en razon de sus conquistas, murió á los cincuenta y ocho años de su edad y cuarenta y tres de su reinado, en el dia 14 de julio del siguiente año. Durante el curso de su última enfermedad, que fué muy larga, redobló este gran rey todas las prue-